

**CUENTO N° 101**

**TÍTULO: EL LÁPIZ**

**SEUDÓNIMO: SILENCIO**

**AUTOR: MARIO GERARDO CANALES TURPAUD**

**EL LÁPIZ**

No puedo encontrar el lápiz. Llevo tantas horas buscándolo que ya no sé para qué lo quería. Además de perder el lápiz, perdí la razón por la que lo necesitaba, que se esfumó sin dejar rastro, pero no sin dejar una angustia ácida de pérdida y de vacío. No. No puede ser que este sentimiento venga de no encontrar un lápiz. Tomo aire, respiro profundo y luego exhalo hasta el último aliento. Es una técnica que me enseñaron en tiempos de las angustias verdaderas, y que me ayuda a recobrar la calma y a poner cordura en mi pensamiento. Aspira, expira. Los pensamientos empiezan a golpear con menos fuerza en mi pobre cráneo y siento que la presión en el pecho también afloja un poco. Miro alrededor, pero estoy solo. Si no me ayudo yo, nadie lo hará, pienso, y este pensamiento acelera de nuevo el ritmo, disparando nuevamente un golpe en el pecho. Aspira, expira. Aspira, expira. “La llave está dentro de ti”, era otra frase que me decían, pero yo no entendía y por más que buscaba no había ni llave ni nada que pudiera hacerme volver a mí mismo. Como en una pesadilla, sentimientos vagos se agolparon y se sucedieron sin ninguna lógica, pero –igual que en los sueños– esa falta de coherencia no pareció tener ninguna importancia. Soledades en medio de un tumulto; el deambular perdido entre puras caras conocidas; el grito de socorro que no logra salir de la garganta; una mano querida que se desvanece a medida que intento tomarla; un silencio insoportable que, como un hoyo negro, se traga todas las palabras. No entiendo. Esto no puede ser sólo porque no encuentro un lápiz. Tiene que haber algo más.

Cierro los ojos y tomo conciencia de cada uno de mis miembros. Conciencia del cuerpo, del presente, del aire que habito, de la luz que me revela. Entro en un espacio interior, amplio, pero aún brumoso. Entro y poco a poco emerge de la bruma una figura tímida y temblorosa de un niño que me mira con una mirada extraña. No sabría decir si de miedo o de esperanza, como la mirada de encontrarse a un extraño en tierras desoladas. Para no asustarlo, me quedo inmóvil, tratando de dominar el ajetreo de mi pecho. La bruma cede otro poco y el niño me mira fijamente. Pronuncia una palabra, que queda atrapada, no sé si en el aire que nos separa o en algún laberinto de mi biología. Lo cierto es que para mí, la palabra permanece muda. No llega a su destino: mi entendimiento. Trato de irradiar el máximo de bondad por mi mirada, para no espantar un nuevo intento de comunicación.

El niño abre la boca y esta vez su palabra borrosa sí impacta en mi cerebro: “tengo miedo”, me parece que dice, porque escucho apenas. No estoy seguro, pero es lo que me parece que dijo. Con certeza escuché la palabra miedo, tan turbia como la bruma que nos envuelve. Casi dije “yo también”, pero una ráfaga de compasión silenció mi franqueza. “¿Por qué tienes miedo?”, dije en vez. Ahora eran sus ojos los que llameaban una serena ternura que me turbó y me descolocó. “El que tiene miedo eres tú, me dijo, no yo; tienes miedo, te dije, porque todo en ti muestra tu temor, tu ansiedad y tu agitación”.

Quise negarlo, por una mezcla de vergüenza, orgullo y pudor. No tengo miedo, alegué, sólo he perdido un lápiz y eso me tiene un poco impaciente, pero ¿miedo yo?

Tienes miedo, repitió, en una frase que era sentencia, diagnóstico y salvación.

Tienes miedo, porque eres ciego, porque no ves ni escuchas bien. Tienes miedo porque te has perdido.

¿Que me he perdido, dices? ¡Aquí el único perdido eres tú!

Tienes miedo porque crees que estás solo, me gritó, y súbitamente me sentí descubierto. ¡Tienes miedo porque crees que sólo tú te puedes ayudar. Tienes miedo porque sientes que no eres capaz. Tienes miedo porque le tienes terror a lo que no conoces. Le tienes miedo a avanzar!

Pero estás equivocado ¡Muy equivocado! Mira bien. Oye bien. Piensa bien. Y verás que no estás solo, que no existe la soledad. Abre el oído y descubre que hay música en el silencio. Quita el velo de tus ojos y mira la verdadera realidad. Deja de pensar en soledades, en muertes, en enfermedades y abre los ojos a los amores, la vida, las hazañas.

Iba a contestar con una batería incontrovertible de argumentos, pero no pude hacerlo. Una emoción súbitamente se apoderó de mi, vaga, pero innegable.

Incontables imágenes se cruzaron por mi mente, rápidas, ruidosas, nerviosas: hospitales, muertos, asilos, autos, camas, enfermos, vacunas, ancianos, niños, luces, declaraciones, noticieros, diarios, opiniones... pasaban raudos ante mí y caían en un foso hondo, muy hondo. El torbellino que se consumía dejaba paso a una presencia inmóvil, eterna, total. La ansiedad era reemplazada por una certeza ancestral, imposible de definir ni explicar. Ya no había nada. Ni siquiera el niño.

Estaba yo, solo, con los ojos cerrados y los oídos abiertos. Estaba yo, no ya con cinco, sino con muchos sentidos, abiertos, permeables, sensibles a tonos y

matices que no conocía. Todo mi ser estaba despierto, permeable a cada átomo que me rodeaba. Y empecé a sentir algo parecido a la paz.

No queriendo espantar el embrujo, permanecí así, atento, inmóvil, silencioso, durante un tiempo que no sabría cuantificar. Estaba no sé si fuera o dentro de mi.

Pero la certeza de que estaba vivo era algo que nada ni nadie me podría quitar.

...

Poco a poco abrí los ojos y ahí estaba, totalmente presente, frente a mi: era mi lápiz, alegre, desafiándome a escribir.